

La estrategia del demonio consiste, en este caso, en deformar las intenciones de Dios, que ha querido justamente que ese influjo sea un verdadero canal de la gracia. Los lazos de sangre, de amistad, de estima, han de estar siempre al servicio de la gracia; y en los Evangelios vemos claramente cómo Nuestro Señor se aprovecha de ellos. Le siguen Juan y Andrés, y ellos automáticamente van a buscar a sus respectivos hermanos, Pedro y Santiago, a los cuales el Salvador acoge como discípulos suyos. Pero Pedro tiene a su amigo Felipe, y Felipe a su amigo Natanael, y esos lazos de amistad entran enseguida en acción para ganarle al Maestro dos nuevos discípulos.

El demonio, en eso, se disimula detrás de otras personas, **pervirtiendo los lazos sociales y de sangre**, y valiéndose de ellos como medios para llevar al pecado. ¡Y qué bien le funciona ese método! Basta ver a toda nuestra juventud con la fascinación que sobre ella ejercen las estrellas del cine o de la música, y cuya vida desastrosa enseguida se siente incitada a imitar. En política, basta que alguien con cierto carisma asuma un liderazgo, para que el error cobre proporciones y fuerzas insospechadas. Por eso es trabajo nuestro mantener esos lazos sociales, de sangre y de amistad, dentro del cauce querido por Dios, esto es, para que nos ayuden a vivir en gracia; pero hemos de alejarnos de todos aquellos lazos que, por ser de sangre o de amistad, se vuelven terriblemente peligrosos al presentar el pecado a través de seres queridos. Ahí es donde se comprende la importancia de elegir bien las amistades. El amigo es alguien de quien no se desconfía, de quien no se teme un puñal por la espalda, de quien uno no queda automáticamente resguardado. Si es bueno, ¡qué inmenso bien puede hacernos! Pero si es malo, ¡qué terrible mal puede causarnos!

5º Quinto ardid: insinúa la insumisión y la crítica.

El último ardid del demonio consiste en **insinuar el espíritu de insumisión y de crítica**, destruyendo el espíritu filial y la confianza en los Superiores, e introduciendo la animosidad y la rebelión contra la autoridad.

Toda la historia de la Iglesia podría dar razón de esta táctica, sobre todo en las obras que sólo se logran con la estrecha unión y colaboración de unos con otros (los miembros de una Congregación, o de una familia, o de una parroquia) y bajo una rigurosa obediencia a los Superiores. Esta insumisión o discordia puede darse en los hijos respecto de los padres, en la mujer respecto del marido (celos mal entendidos), entre los fieles de una misma parroquia; se crean sospechas, murmuraciones, juicios temerarios, peleas, enemistades, donde debería reinar la unión de los corazones. Es lo que el demonio hace en gran escala, por ejemplo, con el comunismo: error que tiene por eje y clave la lucha de clases, explotando las divisiones allí donde las hay (obreros contra patronos, mujeres contra hombres, pobres contra ricos, etnias contra etnias), o creándolas si no las hay (nuestra democracia moderna, con su sistema de «partidos»).

Como la parte insumisa y rebelde cree tener todas las razones del mundo en mantener sus posturas, **el demonio encuentra la manera perfecta de pasar desapercibido: nadie advierte que es él quien echa leña a ese fuego que vuelve a unos contra otros.**

Otros cinco ardides del demonio basados en la sombra y el disimulo

En una anterior Hojita de Fe consideramos cinco ardides del demonio, basados en *el engaño y la mentira*: • la táctica del silencio, valiéndose de nuestra ingenuidad e ignorancia; • la de adaptarse a nuestra psicología y tendencias desordenadas; • la de tentarnos bajo apariencia de bien; • la de atemorizarnos con falsos impedimentos o razones, para que desistamos del bien obrar; • y la de cansar por la duración del combate. En todas ellas, de parte del demonio, hay siempre *una actitud de falsedad*, con que deforma ante nuestros ojos personas, cosas y bienes, sean estos verdaderos o falsos.

Toca ahora considerar otros cinco ardides, en los que aparece una segunda actitud del demonio: no sólo es falso y mentiroso, sino que además, para conseguir su intento, parece **cubrirse del incógnito**, adoptando un perfil bajo y discreto, procurando pasar inadvertido, y disimulando sus manejos e inspiraciones detrás de pantallas que lo ocultan a nuestros ojos.

Nótese, sin embargo, que en todos los ardides basados en la mentira hay también una acción de ocultamiento, como puede verse en el pedir secreto, o adaptar las tentaciones (ocultándolas tras las propias tendencias). Igualmente, en los ardides basados en el disimulo y el incógnito, hay también una actitud de engaño, pues, como lo enseña el Salvador, no se oculta el que obra según la verdad: «Todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras; pero el que obra la verdad, va a la luz, para que quede de manifiesto que sus obras están hechas según Dios» (Jn. 3 19-21).

1º Primer ardid: va de menos a más.

El primero de estos nuevos ardides del demonio consiste en **ir de menos a más, comenzando por lo poco para llegar a lo mucho**; ya que sabe que muchas veces, si propusiese el pecado abiertamente, sería rechazado. Por eso mismo nosotros debemos ser cuidadosos en nuestra vigilancia, no cediendo en nada que le pudiese dar una entrada solapada.

Decimos «solapada», porque la eficacia de esta estrategia es entrar sin ser notado. Una casa no se derrumba de golpe por un fuerte viento ni por una fuerte lluvia; pero si empieza a entrar una gotera y no se la remedia, poco a poco esa misma gotera, no

reparada por haber pasado inadvertida, acaba arruinando las vigas que sostienen el techo, y la casa se viene abajo en el momento menos pensado. En el Seminario, años atrás, había un pino, hermoso de veras, que se vino abajo de la noche a la mañana por el siguiente motivo: una colonia de hormigas muy chiquitas, a la que dejamos de perseguir porque con las lluvias migraba constantemente de una parte a otra del claustro, y acabamos por perderle el rastro, acabó poniendo su hormiguero justo debajo del árbol, y, para construirlo, fue cortando todas las raicillas con que el pino se mantenía adherido al suelo. Una noche vino un aguacero intenso acompañado de fuertes vientos: el agua ablandó la tierra, el viento inclinó el pino, y se vino abajo solito, por carecer de todo apoyo y soporte.

Así hace el demonio: tal vez no sugiera pecados graves a un alma a la que ya ve decidida a resistirle; pero le sugerirá que deje hoy su rosario, porque está cansada; que se vaya aficionando a algunas series televisivas, pues hace falta recrearse; que se aficione a tal o cual compañía, que tal vez no es lo suficientemente edificante; y que esas pequeñas cosas, hechas al principio un poco por descuido, se vayan haciendo frecuentes. Sin darse cuenta, el alma va cortando los apoyos sobrenaturales que mantenía con Dios, y se va predisponiendo insensiblemente a cosas mayores, que el demonio sabrá sugerirle cuando el alma sienta un disgusto más marcado por la oración y una mayor afición a buscar consuelo o recreación en el cine, en el internet, en el celular, en las amistades.

2º Segundo ardid: duerme al alma en falsa paz.

El segundo ardid del demonio consiste en **dormir al alma en una falsa paz, para caer luego sobre ella de improviso con una violencia extrema.** Para ello deja que el alma, después de una serie de luchas y esfuerzos, se crea victoriosa y segura, y se confíe demasiado en sí misma, llevándola a pensar que por fin logró adquirir tal virtud o la suficiente fortaleza para encarar el pecado; y así, manipulando esa confianza o presunción, la ataca de repente y con fuerza para hacerla caer de improviso.

También en esta táctica la estrategia del demonio consiste en lograr **pasar desapercibido.** Retira el cerco de la ciudad, hace amago de replegar el ejército y de retirarse, con lo que la ciudad, aliviada, cesa en la vigilancia y vuelve a creerse segura y libre; cuando en realidad lo único que el enemigo buscaba era justamente que cesara esa vigilancia que le impedía dar el golpe final, a fin de pillar desprevenida a la ciudad.

El mismo Salvador nos da ejemplo de esta estrategia en un texto del Evangelio, diciendo: «Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo, pero no lo encuentra. Entonces dice: Me volveré a mi casa, de donde salí. Y al llegar la encuentra desocupada, barrida y en orden. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio» (Mt. 12 43-45).

Por ahí nos enseña Nuestro Señor que el demonio jamás desiste en sus intentos; sólo espera que el alma esté menos vigilante, para armar de nuevo el asalto; y si lo logra, la culpa es sólo del alma, por haber depuesto su vigilancia.

Por eso, el alma no ha de creerse nunca segura de los progresos ya hechos, ni de los logros conseguidos, ni del terreno ganado; todo eso, si bien debe animarla a seguir adelante, no ha de servirle nunca de pretexto para fiarse de sí misma y exponerse a situaciones delicadas o peligrosas, pues son esas situaciones las que el enemigo espera para volver a la carga.

3º Tercer ardid: vicia nuestras buenas obras.

El tercer ardid consiste en **viciar nuestras buenas obras, inspirándonos motivos torcidos** (vanagloria, amor propio, etc.), y disminuyendo así el valor de esas buenas obras ante Dios. Si el demonio no consigue arrastrarnos al mal, al menos intentará dañar el bien que hacemos.

Como en la parábola de la cizaña, el demonio se disimula aquí detrás de nuestra propia indolencia (los sembradores que duermen), aprovechándola para **sobresembrar la buena semilla**, esto es, nuestra buena intención inicial o los buenos propósitos, **con la cizaña de motivos más humanos**, más personales o más interesados. Lo que habíamos empezado para agradar a Dios, se fue desviando inadvertidamente de su primera intención, y acabamos haciéndolo para agradarnos a nosotros mismos, o para buscar el aprecio o la alabanza de los demás. Sin darnos cuenta, la naturaleza ha ido tomado las riendas de una acción comenzada a impulsos de la gracia; y nosotros, engañados, pensamos que seguimos haciendo por Dios una acción que en realidad sólo busca el gusto o interés que nuestra naturaleza desordenada encuentra en ella.

En ese mismo sentido, también intenta el demonio hacernos perder el fruto de nuestras buenas obras **ocupando nuestra mente con cosas ajenas al deber actual.** Si hemos de estudiar, nos hará sentir deseos de rezar; si hemos de rezar, convertirá nuestra oración en una interesantísima reflexión (es clásica la meditación del seminarista que acaba convirtiéndose en un sermón, elaborado con las buenas ideas de la meditación). San Ignacio de Loyola sintió esta estrategia en Manresa, cuando se puso a estudiar latín para encaminarse hacia el sacerdocio: en las clases de latín sentía pensamientos muy elevados sobre Dios, la Santísima Trinidad, la virtud, pero el resultado de los mismos es que se quedaba en babia en el estudio del latín; y deujo que era el demonio, que sabía aprovechar sus gustos espirituales para apartarlo del deber presente.

Este ardid del demonio se ve frustrado si, en vez de ceder o consentir a estos motivos torcidos, se los retracta y reorienta serenamente hacia Dios por la pureza y rectitud de intención; pues aunque nosotros no podamos advertir muchas veces si es él quien está detrás, nos comportamos de manera a rechazarlo como si fuera él mismo.

4º Cuarto ardid: se sirve de otras personas.

El cuarto ardid consiste en **valerse del influjo o atractivo que ejercen sobre nosotros otras personas**, para llevarnos al pecado. Y es que sabe muy bien el demonio que, dado nuestro carácter social, nada ejerce sobre nosotros tanta fuerza como el influjo de las personas a las que queremos.